

## Prólogo

El 9 de octubre de 1958 fallecía en Castelgandolfo el papa Pío XII, Eugenio Pacelli, a los 82 años. Los millones de católicos que vivieron y sintieron su muerte no podían discernir que con Pío XII se terminaba un periodo de la historia de la Iglesia y comenzaba otro de rasgos muy diferentes. El entierro del Papa constituyó una manifestación de luto única en su género. Había también cierto triunfalismo, a pesar de la triste ocasión. Cuatro mil sacerdotes y religiosos acompañaron los restos del Pontífice por las calles de Roma en medio de un silencio general. No se había visto nunca algo semejante. La Iglesia Romana, ordenada y vestida de gala, desfilaba por las arterias de la Urbe. Capuchinos, dominicos, agustinos, franciscanos, jesuitas..., en hábito observante y formal —como compañías marciales y uniformadas de un ejército en solemne desfile— rendían homenaje a un papa que había presidido la Iglesia en tiempos difíciles, garante siempre de su disciplina y sentido de la obediencia. Era como un acto litúrgico cuyos participantes subrayaban, con la tradicional vestimenta, la naturaleza jerárquica y cumplidora de una Iglesia que iba a padecer la tercera gran crisis de su larga historia. Roma no enterraba solo al papa Pío XII. Enterraba

también, sin saberlo, a la Iglesia que había gobernado y reformado san Pío X (1903-1914).

El complicado pontificado de Pablo VI –junio 1963-agosto 1978– no es inteligible sin tener en cuenta el de Juan XXIII –octubre 1958-junio 1963. Pablo VI hubo de dedicar sus mejores energías, su voluntad y su gran inteligencia, a terminar el concilio que Juan XXIII había decidido convocar el 25 de enero de 1959. Era una herencia gozosa y problemática. La celebración de tres sesiones conciliares y los documentos promulgados en ellas son, junto a la renovación litúrgica, la gran contribución de Pablo VI a la reforma de la Iglesia.

Es en los años de Juan XXIII cuando estalla incontenible la crisis en la Iglesia católica, oculta y preparándose en los últimos años de Pío XII, y a la que Pablo VI hubo de hacer frente. Esta crisis no fue provocada por el Concilio Vaticano II. Se originó más bien en el clima de disenso legal –sínodo holandés–, anti-conciliar –Lefebvre–, silencioso –diáspora católica– y explícito –don Franzoni–, cuyo comienzo abierto coincide con los años conciliares, y en el ambiente de reformismo radical, apuntado ya en el breve pontificado de Juan XXIII, y que Pablo VI no acertó a contener.

Las dificultades de la Iglesia ocurren en el seno de un orden mundial lastrado por la guerra fría entre los bloques occidental y comunista. El Occidente vive además la nueva situación creada por la revolución sexual y las demandas culturales y educativas de mayo de 1968.

Signo de los cambios históricos producidos en el pontificado de Pablo VI son la desaparición de los líderes cristianos –Schumann, De Gasperi, De Gaulle, Adenauer–, que hicieron posible y alentaron la unión europea, y la trágica muerte de personajes que parecían anunciar una época de progreso e ilu-

siones, como el presidente Kennedy o en el campo opuesto el revolucionario Che Guevara.

Estos años son también un momento de brillante eclosión de la técnica, con la marcha del hombre al espacio y la popularización de la cibernética.